

Iusque in armis esse. El papel de la batalla en las guerras civiles dinásticas de la Castilla bajomedieval *

Iusque in armis esse. The role of battle in Castilian late medieval dynastic civil wars

Ekaitz ETXEBERRIA GALLASTEGI

Doctor en Historia. Profesor adjunto. Departamento de Filología e Historia, Facultad de Letras, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Paseo de la Universidad, 5, Vitoria-Gasteiz, 01006, Araba. España.

C. e.: ekaitz.etxeberria@ehu.eus

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6428-2105>

Recibido/Received: 10/10/2024. Aceptado/Accepted: 18/12/2024.

Cómo citar/How to cite: (Chicago) Etxeberria Gallastegi, Ekaitz. “*Iusque in armis esse*. El papel de la batalla en las guerras civiles dinásticas de la Castilla bajomedieval.” *Edad Media. Revista de Historia* 26 (2025): 7-43

(Harvard) Etxeberria Gallastegi, Ekaitz (2025) “*Iusque in armis esse*. El papel de la batalla en las guerras civiles dinásticas de la Castilla bajomedieval.” *Edad Media. Revista de Historia*, 26, 7-43

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.26.2025.7-43>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

Resumen: El artículo toma como ejemplo de caso tres guerras civiles dinásticas castellanas entre 1366 y 1479 para analizar el papel de la batalla en ese tipo de conflictos. Las particularidades que revestían las conflagraciones civiles que enfrentaban a dos candidatos al trono obligaban a adaptar la estrategia militar, favoreciendo el choque campal por delante de asedios y cabalgadas. El honor y la imagen pública que se transmitía tenía un efecto determinante a la hora de mantener las alianzas y conseguir nuevas adhesiones, por lo que la propaganda jugaba un rol importante. Se argumenta que, en la planificación bélica, la lógica militar estaba supeditada a los condicionantes económicos, sociopolíticos y culturales.

Palabras clave: Guerra; Estrategia; Propaganda; Castilla; Baja Edad Media.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación *Violencia y transformaciones sociales en el nordeste de la Corona de Castilla (1200-1525)*, PID2021-124356NBI00, financiado por MICIU/AEI /10.13039/501100011033 y por FEDER, UE. Grupo de investigación del Gobierno Vasco: *Sociedades, Procesos, Culturales (siglos VIII-XVIII)*, IT 1465-22.

Abstract: This paper examines the role of battle in three Castilian dynastic civil wars between 1366 and 1479. The particularities of the civil wars that confronted two candidates for the throne made it necessary to adapt the military strategy, favoring pitched engagements over sieges and raids. The honor and public image transmitted were decisive in maintaining alliances and gaining new adherents, underscoring the crucial role of propaganda. Furthermore, in war planning, military logic is argued to be subordinated to economic, socio-political, and cultural conditioning factors.

Keywords: War; Strategy; Propaganda; Castile; Late Middle Ages.

Sumario: Introducción; 1. La primera guerra civil castellana (1366-1369); 2. La guerra civil Enriqueña (1465-1468); 3. La guerra de sucesión castellana (1475-1479); 4. “El derecho está en las armas”. La batalla como necesidad; 5. “Vergüenza o batalla”. Honor y propaganda; 6. Conclusiones.

Summary: Introduction; 1. First Castilian Civil War (1366-1369); 2. Henry’s Civil War (1465-1468); 3. War of the Castilian Succession (1475-1479); 4. “The right lies in arms.” Battle as a necessity; 5. “Shame or battle.” Honor and propaganda; 6. Conclusions.

INTRODUCCIÓN

En la Edad Media, al igual que en otras épocas, la estrategia militar estaba supeditada a múltiples condicionantes, fueran estos sociales, económicos o políticos. La conducción de la guerra no puede entenderse sin ellos. Además del contexto o los medios disponibles, los objetivos perseguidos también podían determinar la estrategia a seguir. La flexibilidad podía llegar a ser mucho mayor de lo que habitualmente se ha considerado y el orden de prelación o las preferencias por emplear cada una de las tres principales herramientas de las que disponían los comandantes medievales (incursiones y desgaste, asedios y batallas), podían variar en función del tipo de estrategia militar. No era lo mismo combatir una guerra de conquista, otra cuyo objetivo era puramente propagandístico o una guerra civil. Incluso en los conflictos internos, no se combatía del mismo modo en una rebelión nobiliaria que en un enfrentamiento entre dos pretendientes al trono.

En las últimas dos décadas han sido varios los especialistas que han reflexionado sobre el papel de la batalla en el pensamiento estratégico medieval en lo que se ha venido a conocer como el debate en torno al “paradigma Gillingham”.¹ Tradicionalmente se había creído que los

¹ Un resumen del debate puede consultarse en: Francisco García Fitz, “Las Navas de Tolosa y el paradigma bélico medieval,” en *La Península Ibérica en tiempos de las Navas de Tolosa*, eds. Carlos Estepa y María Antonia Carmona (Murcia: SEEM, 2014), 35-41; João Gouveia Monteiro, “Estratégia e risco em Aljubarrota: a decisão de dar batalha à luz

comandantes medievales eran guiados por los parámetros teóricos postulados por el autor romano Vegetio. Así, la batalla era el último recurso; uno que solo debía utilizarse si el éxito estaba asegurado o, más comúnmente, si no quedaba otra opción.² Frente a esa idea, varios autores han contribuido a la discusión, afirmando que el choque campal eran un recurso mucho más utilizado de lo que se había creído. Algunos comandantes medievales priorizaron la búsqueda de batalla por encima de las demás operaciones, mientras que otros, simplemente, podían seguir una estrategia que contemplaba el combate a campo abierto, pero solo lo aceptarían si las circunstancias resultaban mínimamente propicias.³ Del mismo modo, se podían dar contextos favorables a priorizar la batalla, fuera por las circunstancias particulares de una determinada campaña o por otros motivos.⁴ En ese sentido, las guerras civiles medievales constituyen un interesante campo de estudio, en la medida en que las batallas parecen haber jugado en ellas un papel más importante que en otro tipo de conflictos.⁵

do paradigma Gillingham”, en *Entre romanos, cruzados e ordens militares* (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009), 147-155.

² Raymond C. Smail, *Crusading Warfare, 1097–1193* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996); John Gillingham, “Richard I and the Science of War in the Middle Ages,” in *Anglo-Norman Warfare. Studies in Late Anglo-Saxon and Anglo-Norman Military Organization and Warfare*, ed. Matthew Strickland (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1992), 194–207; John Gillingham, “William the Bastard at War,” in *Anglo-Norman Warfare. Studies in Late Anglo-Saxon and Anglo-Norman Military Organization and Warfare*, ed. Matthew Strickland (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1992), 143–60.

³ Clifford J. Rogers, “The Vegetian Science of Warfare in the Middle Ages,” *Journal of Medieval History* 1 (2002): 1–19; Andrew Villalon, “Battle-Seeking, Battle-Avoiding, or Perhaps Just Battle-Willing? Applying the ‘Gillingham Paradigm’ to Enrique II of Castile,” *Journal of Medieval History* 8 (2010): 131–54.

⁴ Stephen Morillo, “Battle Seeking: The Contexts and Limits of Vegetian Strategy,” *Journal of Medieval Military History* 1 (2002): 21–41; Martín Alvira, *El jueves de Muret. 12 de septiembre de 1213* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2002); García Fitz, “Las Navas de Tolosa”, Monteiro, “Estratégia e Risco”; Matthew Strickland, “Bella plus quam civilia? The Place of Battle in the Context of Civil War under the Anglo-Norman and Angevin Kings, c. 1100–c. 1217,” *Journal of Medieval Military History* XIX (2021): 57–76; Ekaitz Etxeberria, “‘I Intend to Give Him Battle’: Battle-Seeking in a Civil War Context: Toro (1476),” *Journal of Medieval Military History* XX (2022): 185–201; Ekaitz Etxeberria, *Fazer la guerra. Estrategia y táctica militar en la Castilla del siglo XV* (Madrid: CSIC, 2022), 110–45.

⁵ Anthony Goodman, *The Wars of the Roses: Military Activity and English Society, 1452–1497* (London: Routledge, 1981), 227–28; Rogers, ‘The Vegetian Science’, 18; Morillo, ‘Battle Seeking’, 30, 34, 39; John Gillingham, *The Wars of the Roses: Peace & Conflict*

En este artículo, me propongo centrarme en esta última casuística. Ahondaré en las estrategias militares empleadas cuando el trono estaba en juego y el objetivo perseguido era más abstracto que el control del territorio. Se argumentará que la forma de hacer la guerra y la imagen bélica proyectada influía en la percepción de las acciones y, en última instancia, condicionaba las lealtades y reajustaba la balanza del capital político. En definitiva, propongo subrayar el rol de la batalla y de la propaganda bélica en contextos de guerra civil con dos candidatos a ceñirse la corona. Para ello, me centraré en tres guerras civiles dinásticas de la Castilla bajomedieval: el conflicto entre Pedro I con su hermanastro Enrique de Trastámara (1366-1369), el enfrentamiento entre Enrique IV y su hermanastro Alfonso (1465-1468) y la guerra de sucesión castellana (1475-1479). Dado que las fuentes narrativas resultan indispensables para el estudio de la praxis bélica medieval, esta investigación descansa principalmente en el uso de fuentes cronísticas de los reinados tratados. Asimismo, emplearé correspondencia epistolar de carácter público y privado enviadas algunos de los contendientes y conservada en varios archivos y, en algunos casos, editada. Todo ello me permitirá esbozar inicialmente los aspectos más destacados del desarrollo de los conflictos, centrado en las acciones de los protagonistas y dejando de lado los frentes secundarios, para después poder establecer paralelismos y unas conclusiones comunes.

1. LA PRIMERA GUERRA CIVIL CASTELLANA (1366-1369)

A principios de 1366 Castilla se encontraba en guerra con la vecina corona de Aragón, pero el esfuerzo bélico castellano tuvo que ser redirigido debido a que el reino se sumió en una intensa guerra civil.⁶ Enrique de Trastámara, con apoyo aragonés y francés, entró en Castilla al mando de un ejército para enfrentarse a su hermanastro, Pedro I. No obstante, en esta ocasión no buscaba protagonizar una rebelión, como había hecho previamente y como era habitual en la época: esta vez se proclamó rey de Castilla apenas hubo cruzado la frontera. A pesar de que

in *15th Century England* (London: Phoenix Press, 1981), 15–50; Gillingham, ‘Richard I’, 207.

⁶ Para el desarrollo de los acontecimientos: Julio Valdeón, *Enrique II* (Palencia: La Olmeda, 1996), 33–73; Luis Vicente Díaz, *Pedro I* (Palencia: La Olmeda, 1995), 279–339; Luis Suárez, “Castilla (1350–1406),” in *Historia de España*. Tomo XIV (Madrid: Espasa-Calpe, 1966), 99–158.

Pedro se encontraba en Burgos, capital ceremonial del reino, preparado para resistir el ataque, huyó hacia el sur ante el avance de Enrique. Los burgaleses pidieron ser liberados de su fidelidad y se entregaron al pretendiente Trastámara, que utilizó la ciudad para celebrar su coronación.

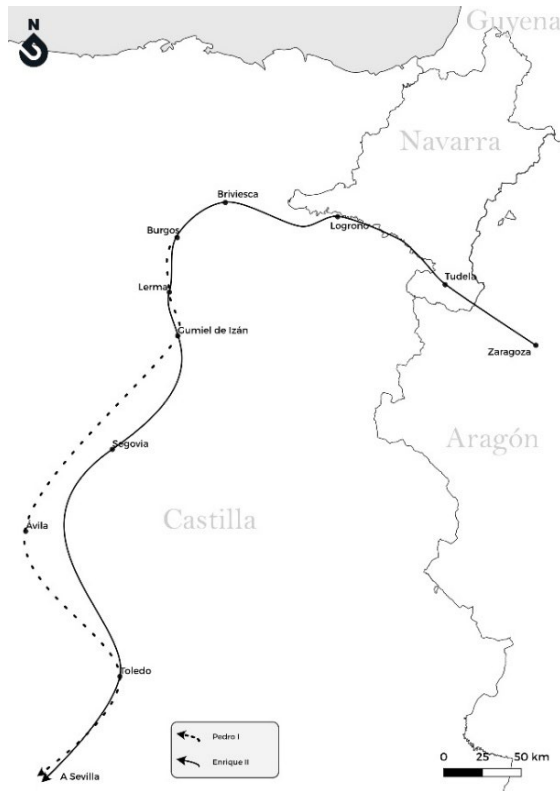


Figura 1. Primera invasión enriqueña, 1366

Lo que siguió fue un goteo de defecciones de la causa petrista que fortalecieron al “usurpador”. La decisión de retirarse tomada por Pedro parecía motivada por el hecho de que el ejército enriqueño sería probablemente más numeroso. Tal vez Pedro pretendía organizar una defensa en profundidad en torno a los puntos fortificados más al interior del reino. También podría ser que no deseara verse atrapado en una ciudad asediada o que buscara alargar el conflicto, negándole una resolución rápida a su adversario. Parece que Enrique no disponía de medios para mantener su hueste por un periodo prolongado. Sea como fuere, en la huida

del Cruel hacia el sur, la lealtad de los nobles y de las ciudades se mostró más frágil de lo que probablemente había esperado y muchos se pasaron al bando Enriqueño. Desde Sevilla, Pedro zarpó a Portugal, luego marchó a Galicia (región que mantuvo su adscripción petrística durante toda la contienda) y, finalmente, hacia la Gascuña inglesa. En apenas tres meses, Enrique se hizo con el control del reino sin apenas luchar.⁷



Figura 2. Batalla de Nájera, 1367

Al año siguiente, en 1367, con la ayuda de un numeroso ejército inglés al mando de Eduardo de Woodstock -el Príncipe Negro-, Pedro I entró en Castilla para intentar recuperar la corona. La superioridad numérica y el consejo de sus aliados le llevó a adoptar una estrategia de búsqueda de

⁷ Pero López de Ayala, *Crónicas*, ed. José Luis Martín (Barcelona: Planeta, 1991), 312–25; Carlos Estepa, “Rebelión y rey legítimo en las luchas entre Pedro I y Enrique II,” *Annexes des Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispanique Médiévales* 16 (2004): 54–56.

batalla. Enrique, por su parte, había tomado la decisión de enfrentarse a la invasión en campo abierto e intentó cortar su paso en numerosas ocasiones. Finalmente, el juego de maniobras y contramarchas llevó a ambos contendientes cerca de Nájera. Allí Enrique se vio en la disyuntiva de tener que elegir entre dejar pasar a su enemigo y ver cómo el reino se le escapaba de entre los dedos, o combatir sin ninguna ventaja aparente. El 3 de abril de 1367 optó por lo segundo. El encuentro resultante se saldó con una completa victoria petrista.⁸ El triunfo fue agri dulce, pues el monarca no supo gestionar su éxito de forma adecuada y finalmente Eduardo de Woodstock abandonó el reino. Poco después, en otoño de ese mismo año, Enrique de Trastámara entró en Castilla y volvió a intentar conquistar el trono por la vía de las armas.⁹



Figura 3. Segundo intento enriqueño, 1367-9

⁸ L. J. Andrew Villalon y Donald J. Kagay, *To Win and Lose a Medieval Battle. Nájera (April 3rd, 1367), a Pyrrhic Victory for the Black Prince* (Leiden: Brill, 2017).

⁹ Jean Froissart, *Crónicas*, eds. Victoria Cirlot y J.E. Domenec (Barcelona: Orbis, 1991), 261–64; Ayala, *Crónicas*, 397-9.

Una vez más, Pedro retrocedió al sur, dejando que parte de Castilla fuera cayendo en manos de Enrique: Calahorra, Burgos, Córdoba o León cambiaron de bando o fueron conquistadas. Toledo mantuvo su fidelidad y resistió, por lo que Enrique sometió a la ciudad a un largo asedio.¹⁰ Finalmente, Pedro partió de Sevilla al mando de un ejército con intención de levantar el cerco. Cuando Enrique lo supo, encabezó una fuerza con la que marchó secretamente al encuentro de su hermanastro. El 14 de marzo de 1369, el pretendiente Trastámara sorprendió a su enemigo cerca del castillo de Montiel, con su ejército disperso por múltiples aldeas de los alrededores. La derrota fue contundente, aunque el vencido Pedro consiguió refugiarse en la fortaleza. Cuando intentó huir de la misma, fue capturado y pereció bajo el puñal del fundador de la dinastía Trastámara.¹¹

2. LA GUERRA CIVIL ENRIQUEÑA (1465-1468)

Prácticamente una centuria más tarde volvía a estallar un conflicto que ponía en el punto de mira la legitimidad del monarca. El reinado de Enrique IV (1454-1474) se había visto salpicado por una inestabilidad latente arrastrada desde la época de Juan II. No obstante, en el verano de 1465, el conflicto entre las facciones nobiliarias entró en una nueva fase. A principios de junio, parte de la nobleza destituyó en efigie a Enrique y proclamó rey a Alfonso, el hermano menor del monarca que en aquel entonces tenía 11 años. El reino se dividió en función de su adscripción: la causa enriqueña era mayoritaria en la mitad septentrional, mientras que la parte más meridional se inclinaba por Alfonso. La nobleza, por su parte, estaba igualmente fragmentada, aunque buena parte de la alta nobleza apoyaba al recién proclamado rey.¹² El fuego de la guerra se extendió por Castilla. En julio, las tropas de Alfonso tomaron Peñaflores y sitiaron Simancas, al tiempo que el joven monarca solicitaba pertrechos y tropas adicionales a la ciudad de Burgos, alegando que los necesitaba para dar la batalla a su “antecesor en el trono”, si este salía de la seguridad que le

¹⁰ Ayala, *Crónicas*; 400-8, 412.

¹¹ Ayala, *Crónicas*, 424-9; Froissart, *Crónicas*, 265-74.

¹² Dolores-Carmen Morales, *Alfonso de Ávila, rey de Castilla* (Ávila: Diputación Provincial de Ávila, 1988), 110-18; Luis Suárez, “La guerra civil,” in *Historia de España*. Tomo XV (Madrid: Espasa-Calpe, 1970), 267-69.

proporcionaban los muros de Toro.¹³ En efecto, Enrique se encontraba en Toro, con sus esfuerzos concentrados en intentar controlar la situación mientras reunía un ejército. A finales de julio el asedio de Simancas se levantó y Alfonso se retiró a Valladolid, mientras Enrique avanzaba a Castronuño. No podemos saber la razón concreta por la que el pretendiente desistió del cerco. La proximidad del ejército enriqueño pudo haber sido un factor determinante. No obstante, podía haber otras razones: las crónicas mencionan que Alfonso únicamente contaba con dinero para pagar el sueldo de sus tropas durante dos meses.¹⁴ El propio Alfonso, en una misiva enviada a la ciudad de Burgos, señalaba que abandonó el cerco debido a que sus tropas habían consumido todos los mantenimientos que podían encontrarse en los campos circundantes y no tenía con qué alimentarlas.¹⁵

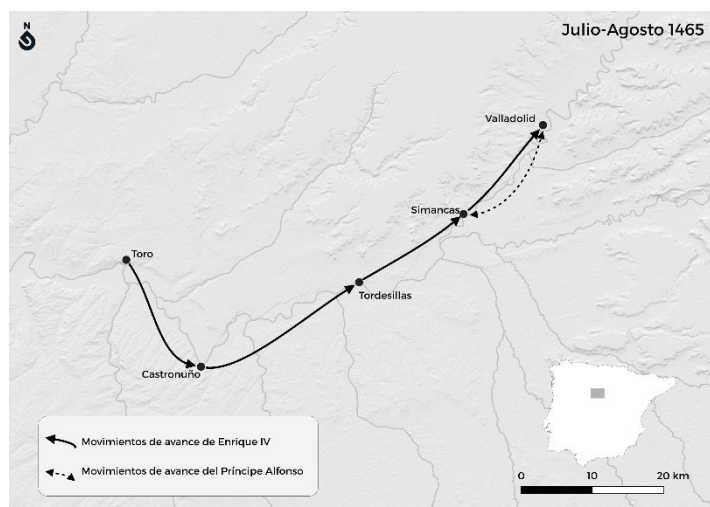


Figura 4. Operaciones en torno a Simancas, 1465.

¹³ AMB, Libro de Actas Capitulares, año 1465, fol. 74, 78, 79 y 80.

¹⁴ Diego de Valera, *Memorial de diversas hazañas*, ed. Juan de Mata Carriazo (Madrid: Espasa-Calpe, 1941), 104–8; María Pilar Sánchez-Parra, ed., *Crónica Anónima de Enrique IV de Castilla 1454–1474* (Madrid: Ediciones de la Torre, 1991), 168; Diego Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, ed. Aureliano Sánchez (Valladolid: Universidad de Valladolid, 1994), 246; Alonso de Palencia, *Gesta Hispaniensia ex annalibus suorum dierum collecta*, eds. Brian Tate y Jeremy Lawrence (Madrid: Real Academia de la Historia, 1998), 340–45.

¹⁵ Carta del 22 de julio de 1465. AMB, Libro de Actas Capitulares, año 1465, fol. 78R.

Sea como fuere, lo cierto es que la primera operación militar de envergadura de la guerra se saldó con el fracaso de los partidarios de Alfonso. Enrique, al mando de un ejército probablemente mayor que el de su oponente, avanzó a Simancas y en agosto se encontraba acampado ante los muros de Valladolid. De acuerdo con el cronista afín a la causa enriqueña Diego Enríquez del Castillo, Enrique presentó batalla, opción que los alfonsinos declinaron.¹⁶ Las fuentes no son muy claras con lo acontecido a continuación. Da la impresión de que las dificultades económicas condicionaron la intensidad del conflicto, pues la información cronística apenas recoge algunos golpes de mano, escaramuzas y emboscadas desarrollados principalmente en frentes secundarios. Tras la primera fase de la guerra, en octubre ambos pretendientes firmaron una tregua de cinco meses de duración, paralizando las hostilidades hasta marzo de 1466.¹⁷

La reanudación de la guerra se centró en operaciones desarrolladas en los frentes secundarios, especialmente en Andalucía, donde la guerra civil se había superpuesto a los conflictos internobiliarios preexistentes en la región.¹⁸ Los intentos de negociación se intercalaron con acciones militares de intensidad variable, donde destacaron los cercos de Gibraltar y el castillo de Montizón.¹⁹ En julio de 1466, los principales capitanes alfonsinos estuvieron a punto de presentar batalla a Enrique entre Valladolid y Tudela de Duero. No queda claro si la intención era realmente combatir en campo abierto. Las crónicas indican que, ante la aparente negativa de Enrique a luchar, los de Alfonso se retiraron.²⁰

La guerra alcanzó su clímax en el verano de 1467. Las tropas de Alfonso habían tomado Toledo y la villa de Olmedo, un importante cruce de caminos en el corazón del reino. Enrique se encontraba en Cuéllar, desde donde partió con su ejército con intención de avanzar hacia Medina del Campo; Olmedo se interponía en su camino. Enrique creía que Alfonso no presentaría batalla, pues subestimaba el número de tropas de su

¹⁶ Enríquez del Castillo, *Crónica*, 246-7.

¹⁷ Morales, *Alfonso de Ávila*, 151-62.

¹⁸ Valera, *Memorial*, 115-6, 120-1; Sánchez-Parra, *Crónica*, 186-7, 190-4; Palencia, *Gesta Hispaniense*, 401-9.

¹⁹ David Gallego, “La guerra medieval a través de su registro arqueológico: el asedio al castillo santiaguista de Montizón (1465–1467),” *Vinculos de Historia* 10 (2021): 132–54.

²⁰ Valera, *Memorial*, 194; Palencia, *Gesta Hispaniense*, 404-5.

opponente. Sin embargo, la ventaja numérica Enriqueña era muy ligera.²¹ Además, los alfonsistas gozaban de la protección que les ofrecía la cercanía de las murallas olmedanas. Estos salieron de la villa y desplegaron sus batallas en el camino, mandando exploradores para conocer la composición y distribución del enemigo. Enrique intentó exhortarlos a la paz y pidió paso seguro. Ante la negativa, el monarca se vio en la disyuntiva de tomar otro camino o avanzar y combatir. Así, el 19 de agosto de 1467 tuvo lugar la llamada segunda batalla de Olmedo.²² Su resultado fue indeciso: ninguna fuerza pudo imponerse decisivamente sobre la adversaria y ambos contendientes se adjudicaron la victoria, informando al reino de su éxito.²³ El encuentro provocó cambios de adscripción y reajustes en las lealtades, que arrojaron un resultado más favorable a Alfonso.²⁴ Menos de un mes después del choque campal, el 17 de septiembre, el infante rey entró en Segovia con la ayuda del obispo, que le abrió las puertas. La toma de la ciudad supuso un duro golpe a la moral Enriqueña y una importante victoria simbólica pues, además de albergar el tesoro de la corona, era la residencia predilecta de Enrique IV.²⁵ A partir de ese momento, algunas crónicas sostienen que Enrique perdió la voluntad de combatir. Lo cierto es que la intensidad del conflicto cayó en picado y se realizaron varios intentos de conciliación entre ambas partes, llegando a plantearse la posibilidad de reconocer a Alfonso como heredero al trono de Enrique IV, en detrimento de Juana -la princesa declarada ilegítima por sus adversarios desde el inicio de la contienda.²⁶ Sin terminar de llegar a un acuerdo, la repentina muerte de Alfonso en julio de 1468 puso punto final a la guerra civil.²⁷ Al menos concluyó la primera fase

²¹ 1.100-1.350 tropas montadas en el bando Alfonsino y 1.400-1.700 en el Enriqueño. Etxeberria, *Fazer la guerra*, 265.

²² Valera, *Memorial*, 213-131; Sánchez-Parra, *Crónica*, 208-215; Enríquez del Castillo, *Crónica*, 275-80; Palencia, *Gesta Hispaniense*, 419-26.

²³ Juan Abellán, ed., *Fuentes Históricas Jerezanas: Documentos del infante-rey Don Alfonso (1465-1468)* (Madrid: HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales, 2015), 92-94; AMC, Libros de Actas, legajo 198, expediente 1, fols. 28v-29v. Agradezco a José Antonio Jara Fuente haberme proporcionado la transcripción de la misiva.

²⁴ Morales, *Alfonso de Ávila*, 215-6.

²⁵ Valera, *Memorial*, 131; Sánchez-Parra, *Crónica*, 219-20; Palencia, *Gesta Hispaniense*, 450-3.

²⁶ Suárez, “La guerra civil”, 280-1; Morales, *Alfonso de Ávila*, 224-9, 371; Óscar Villarroel, *Juana la Beltraneja. La construcción de una ilegitimidad* (Madrid: Sílex, 2014).

²⁷ Morales, *Alfonso de Ávila*, 361-6.

sucesoria, ya que la inestabilidad persistió y se sentaron las bases para el próximo conflicto dinástico.

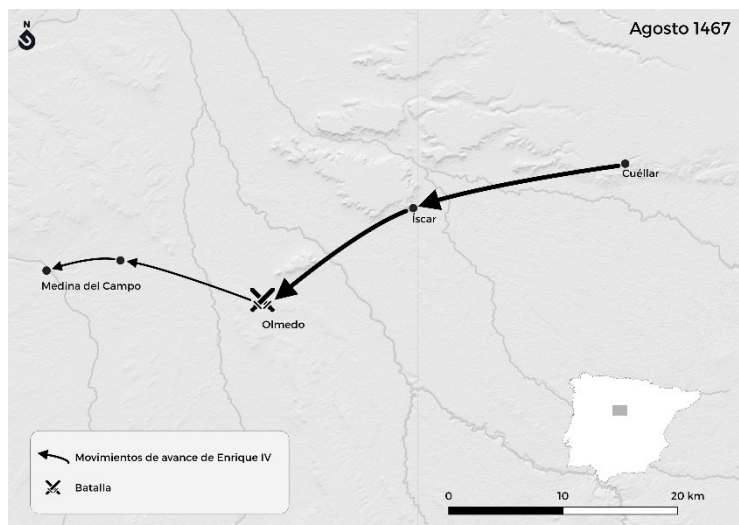


Figura 5. Segunda batalla de Olmedo, 1467.

3. LA GUERRA DE SUCESIÓN CASTELLANA (1475-1479)

La muerte de Enrique IV, en 1474, provocó que se reavivara el conflicto sucesorio latente. Esta vez Isabel y Fernando reclamaron el trono castellano en detrimento de Juana, cuyos partidarios buscaron el apoyo de Alfonso V de Portugal. El conflicto estaba servido: el ejército portugués invadió Castilla en mayo de 1475 con el monarca a la cabeza de la hueste.²⁸ Las lealtades estaban divididas. La facción lusa tenía aliados en el Bajo Duero, Extremadura, Andalucía y la actual Castilla-La Mancha, donde relevantes miembros de la alta nobleza se habían proclamado afines a la causa juanista.²⁹

²⁸ Para el desarrollo de la guerra véase: Marcelo Augusto Flores, *A batalha de Toro* (Oporto: Fronteira do Caos, 2014); Luis Suárez, *Los Reyes Católicos. La conquista del Trono* (Madrid: Rialp, 1989).

²⁹ A pesar de que la mayor parte de la nobleza se adscribió al bando isabelino, quienes se alinearon con Alfonso V y Juana eran sin duda poderosos y gozaban de relevancia en el reino. Suárez, *Los Reyes Católicos*, 98-101.

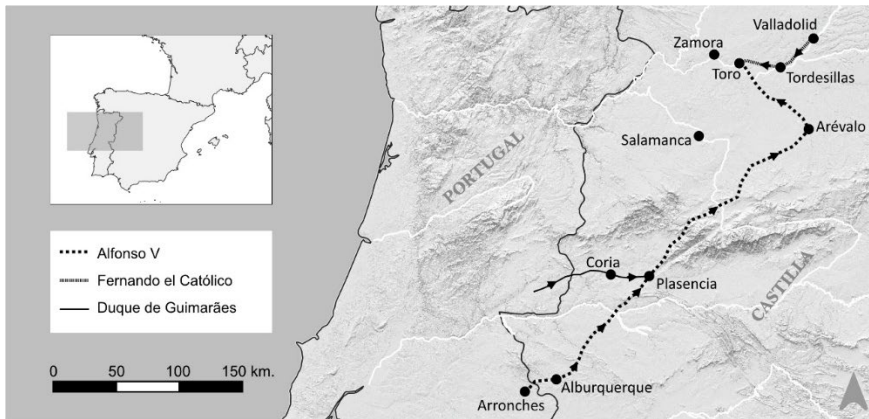


Figura 6. Invasión portuguesa, 1475

Alfonso V marchó hacia el norte desde Extremadura en un intento por reunir sus fuerzas con las de sus aliados castellanos. Su primer paso fue sitiar el castillo de Toro que, al contrario que la ciudad -que se había alzado por Juana-, proclamó su fidelidad a Isabel. La estrategia de Fernando pasaba por evitar que eso ocurriera, abriendo frentes secundarios en diversos lugares del reino e intentando resolver la contienda de forma rápida y decisiva en el bajo Duero.³⁰ El Católico, tras reunir un ejército considerable se dirigió hacia Toro para desafiar a Alfonso que se encontraba sitiando la fortaleza. El luso declinó la oferta y Fernando tuvo que retirarse. Esta decisión fue motivada por la falta de fondos y la noticia de que Zamora se había pasado al bando juanista -junto con otras razones.³¹

Tras el fracaso ante Toro, los siguientes meses discurrieron con ambos bandos consolidando sus posiciones. Fernando se centró en el cerco al

³⁰ Etxeberria, “I intend”, 185-201; Etxeberria, *Fazer la guerra*, 135-6.

³¹ Fernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, vol. I, ed. Juan de Mata Carriazo, con estudio preliminar por Gonzalo Pontón (Granada: Universidad de Granada, 2008), 127-36; Diego de Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. Juan de Mata Carriazo (Madrid: Revista de Filología Española, 1927), 22-35; Alonso de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, vol. 2, ed. Antonio Paz y Meliá (Madrid: Atlas, 1973), 208-15; Julio Puyol, ed., *Crónica incompleta de los Reyes Católicos (1469-1476)* (Madrid: Academia de la Historia, 1934), 194-95, 219-24, 233-34; Rui de Pina, “Chronica do Senhor Rey D. Affonso V” en *Crónicas*, ed. Manuel Lopes de Almeida (Oporto: Lello, 1977), 834; Rodrigo da Costa Domínguez y José Manuel Triano, “The Price of the Throne. Public Finances in Portugal and Castile and the War of the Castilian Succession (1475-1479),” *Journal of Medieval History* 49 (2022): 93-110.

castillo de Burgos -favorable a Juana, al contrario que la ciudad-, mientras que Alfonso concluyó la expugnación de la fortaleza de Toro.³² Un nuevo cambio de alianza rompió el *impasse*. A finales de 1475, parte de las tropas que guardaban el acceso a Zamora ofrecieron a Fernando la oportunidad de tomar la ciudad, en manos portuguesas. Dejando tropas en el cerco burgalés -que capituló en enero de 1476-, el Católico partió a asegurar la nueva posición. El alcázar zamorano, que permaneció fiel a Juana, fue sitiado.³³ Las siguientes semanas trascurrieron entre desafíos cruzados de Fernando y Alfonso, retándose a combatir en campo abierto. La apuesta no fue aceptada en ninguna ocasión y, en consecuencia, ambos monarcas acusaron la erosión de su imagen pública.³⁴

Finalmente, en febrero de 1476, la llegada de refuerzos al mando de Juan, el heredero de Portugal, animó a Alfonso a acampar ante Zamora.³⁵ Tras dos semanas de infructuoso sitio, el monarca luso se retiró hacia Toro y Fernando salió en su persecución. Los números estaban igualados: 2.500-3.000 a caballo y 5.000 a pie en el bando isabelino y 3.500 montados y 5.000 peones en el juanista.³⁶ Alfonso V formó sus batallas ante Toro, pues desde su posición la ciudad únicamente era accesible a través de un estrecho puente. No tenía más remedio que combatir. El choque acaecido el 1 de marzo no fue decisivo ya que, a pesar de que dos de las batallas castellanas -incluida la batalla real- resultaron vencedoras, las fuerzas portuguesas prevalecieron en el flanco izquierdo.³⁷ La ligera victoria táctica castellana tuvo consecuencias estratégicas favorables, en parte

³² Pulgar, *Crónica*, 150-6, 164-6, 173, 177-8; Valera, *Crónica*, 38-9, 53; Puyol, *Crónica incompleta*, 256-9; Palencia, *Crónica*, 224, 229-30, 245, 255, 259.

³³ Ekaitz Etxeberria, “La ciudad medieval como campo de batalla: el combate urbano en la guerra de sucesión castellana (1475–1479),” *Clio & Crimen: Revista del Centro de Historia del Crimen de Durango* 12 (2015): 277–88, 280–84; Ekaitz Etxeberria, “Urban Warfare in 15th-Century Castile,” *e-Stratégica* 3 (2019): 125–43, 134–36.

³⁴ Pulgar, *Crónica*, 187-90, 194; Valera, *Crónica*, 61-3; Palencia, *Crónica*, 265.

³⁵ Pulgar, *Crónica*, 168-73, 187-90, 193-8, 201-5, 221; Valera, *Crónica*, 48-50, 55, 63-7; Palencia, *Crónica*, 248-9, 257-8, 264-7; Pina, *Chronica*, 839-43.

³⁶ Andrés Bernáldez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, eds. Manuel Gómez-Moreno y Juan de Mata Carriazo (Madrid: Real Academia de la Historia, 1962), 57–59; Palencia, *Crónica*, 273; Valera, *Crónica*, 73; Etxeberria, *Fazer la guerra*, 265.

³⁷ Pulgar, *Crónica*, 207-215, p. 223; Pina, *Chronica*, 843-8; Valera, *Crónica*, 68-73; Bernáldez, *Memorias*, 57-9; Palencia, *Crónica*, 269-73; Flores, *A batalha*, 178-82; Antonio Costa, “A Batalha de Toro (1476): a guerra em Portugal entre duas Eras,” *e-Stratégica* 4 (2020): 51–86.

gracias al uso de la propaganda.³⁸ Tras la jornada, Alfonso y su primogénito retornaron a su reino junto con Juana y la mayor parte de su ejército. La guerra todavía continuó hasta 1479, pero su intensidad decayó y los Reyes Católicos no volvieron a perder la iniciativa ni la ventaja.³⁹

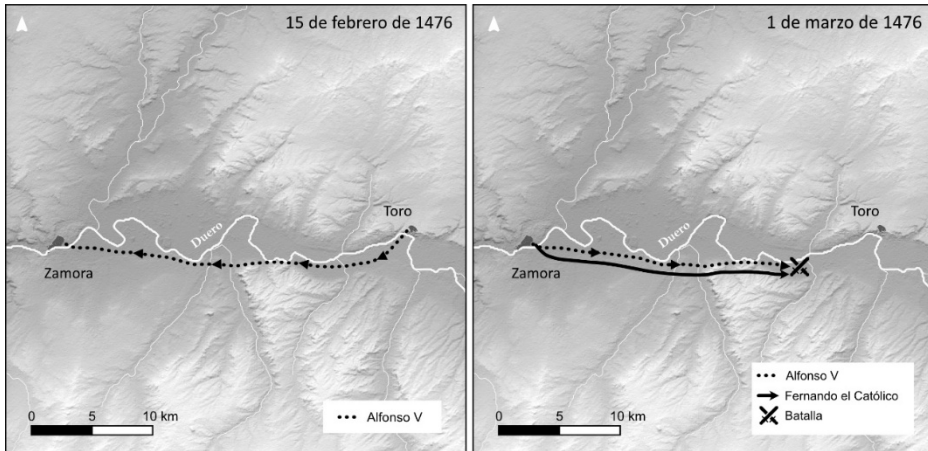


Figura 7. Batalla de Toro, 1476

4. “EL DERECHO ESTÁ EN LAS ARMAS”. LA BATALLA COMO NECESIDAD

En los tres ejemplos presentados dos pretendientes se enfrentaron por el trono y las batallas fueron un punto crítico -si bien no siempre fueron decisivas. Esto plantea ciertas cuestiones: ¿qué hay de los otros dos tipos de operaciones militares principales que, junto con los choques en campo abierto, constituían los pilares básicos de la guerra medieval? ¿Qué papel jugaron las cabalgadas y los asedios en estas contiendas?

Probablemente la forma más elemental de hacer la guerra y con una mejor relación coste/beneficio era mediante la devastación del territorio enemigo a través del desgaste económico y humano. Sin embargo, aunque utilizadas ocasionalmente, las cabalgadas no fueron empleadas con frecuencia en las guerras civiles dinásticas, hasta el punto de encontrarse virtualmente ausentes. Bajo una perspectiva político-militar, las cabalgadas no podían tener cabida en una estrategia desarrollada en este

³⁸ Ana Isabel Carrasco, *Isabel I de Castilla. La sombra de la ilegitimidad* (Madrid: Sílex, 2014); Etxeberria, “I intend”, 198-201.

³⁹ Suárez, *Los Reyes Católicos*, 157-320.

contexto. Las incursiones, entendidas en su sentido ofensivo, estaban pensadas para desgastar la base económica del oponente y erosionar su capacidad operativa. Sin embargo, el fin último de las operaciones bélicas era la conquista del trono, no la ganancia territorial ni la adquisición de plazas fuertes. En la estrategia militar medieval los medios empleados debían estar en consonancia con los objetivos perseguidos; y debilitar progresivamente al adversario no solo llevaría tiempo, sino que no podía otorgar la victoria bajo estas circunstancias. Se trataba de un objetivo puramente político que solo se alcanzaría con la eliminación física del oponente o con el apoyo de la práctica totalidad del reino. Ello no quiere decir que las cabalgadas se dejaran completamente de lado. Entre 1475 y 1479 los castellanos lanzaron múltiples incursiones a través de la frontera portuguesa.⁴⁰ Sin embargo, en esta ocasión la estrategia de desgaste era secundaria y, además, se desarrolló fuera de los límites del reino.

En el marco de la devastación y el saqueo, convendría diferenciar entre las operaciones de cabalgada, entendidas en su sentido ofensivo, y la simple necesidad de abastecimiento. La segunda opción era más necesaria ya que, aunque las campañas tendían a ser relativamente breves -con excepciones-, muchas veces el tren de suministros o el aprovisionamiento desde los territorios aliados no era suficiente para satisfacer las necesidades logísticas de una hueste. En 1367 un grupo de combatientes ingleses liderados por William Felton fue sorprendido por las fuerzas enriqueñas en Inglesmendi, cerca de Vitoria, mientras se encontraban en una misión de forrajeo.⁴¹ El infante-rey Alfonso también se vio en la necesidad de vivir de la tierra durante el asedio de Simancas de 1465. En una misiva enviada al concejo de Burgos detallaba que había levantado el cerco debido a que sus tropas habían consumido todos los mantenimientos y el herbaje en los campos que se extendían hasta Tordesillas; tan solo quedaban suministros en los lugares que le eran afines.⁴²

No obstante, requisar y saquear suministros de las tierras enemigas podía llegar a ser contraproducente en un enfrentamiento de estas

⁴⁰ Humberto Baquero, “A Contenda entre D. Afonso y Os Reis Católicos. Incursões Castelhanas no solo Portugues de 1475 a 1478”, *Anais da Academia Portuguesa da História* II 25 (1979): 297–324; Carlos J. Rodríguez, “Más allá del Duero: la guerra de sucesión en Extremadura (1475–1477)”, *Medievalismo* 27 (2017): 285–301.

⁴¹ Ayala, *Crónicas*, 346-7; Froissart, *Crónicas*, 236-7.

⁴² Carta del 22 de julio de 1465. AMB, Libro de Actas Capitulares, año 1465, fol. 78R. Ayala sostiene que, en 1368, Enrique se decidió por cercar Toledo debido -entre otras cosas- a que “avía muchas viandas” en la comarca. Ayala, *Crónicas*, 406.

características debido a la mala imagen propagandística que proyectaba. A finales del siglo XIV, Juan I de Castilla se proclamó rey de Portugal y protagonizó un enfrentamiento bélico contra João I de Avis. Fernão Lopes narra cómo, en 1383, algunos afirmaron ante el rey de Castilla que no se podría evitar que el ejército castellano hiciera daño en las tierras lusas, aunque fuera para tomar viandas, lo que se traduciría en un aumento del odio entre portugueses y castellanos, “que nom era vosso servicio”.⁴³ No era recomendable destruir y robar las tierras que se aspiraba a gobernar y, aunque aprovisionarse era una necesidad, el saqueo era una opción.⁴⁴ Así, cuando Alfonso V de Portugal entró en Castilla en 1475, procuró evitar saquear los lugares por donde pasaba, pues su pretensión era la de mostrarse como el “rey natural” de los castellanos. La Crónica Incompleta parece indicar que las tropas debían pagar por lo que consumían.⁴⁵ Cuando Juan de Gante reclamó el trono castellano en 1386-7, intentó ganarse el apoyo del campesinado gallego pagando el precio de mercado por la comida y los suministros que sus tropas adquirirían.⁴⁶

Si la cabalgada no era una opción recomendable o al menos preferente, los asedios también presentaban ciertos problemas. Por un lado, un ejército acampado en un mismo lugar durante meses presentaba un desafío logístico formidable, lo que, unido a las ya mencionadas restricciones a la hora de autoabastecer a la hueste mediante el forrajeo, podía disuadir a los comandantes o hacer que los cercos se levantaran antes de tiempo. Ya se ha señalado que Alfonso de Trastámara esgrimió la escasez de suministros como la razón principal por la que abandonó el asedio de Simancas en 1465.⁴⁷ El segundo inconveniente que tenían los asedios era, tal vez, el principal. Y es que, las alianzas eran cambiantes y su fluctuación se traducían en que el capital político disponible para los contendientes era altamente inestable. Asediar una ciudad o un castillo suponía comprometerse a una operación larga, que dejaba al enemigo las manos libres para actuar por su cuenta, y durante la cual la retaguardia podía verse

⁴³ Fernão Lopes, *Crónica del Rei dom João I* (Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1977), 96–97.

⁴⁴ Las campañas de la Guerra de las Rosas también estuvieron caracterizadas por la ausencia del pillaje por el coste político que podía suponer, lo que estimulaba la resolución rápida a través de la batalla campal. Gillingham, *The Wars*, 48-9.

⁴⁵ Puyol, *Crónica incompleta*, 190.

⁴⁶ Peter Russell, *The English Intervention in Spain & Portugal in the Time of Edward III & Richard II* (Oxford: Clarendon Press, 1955), 431.

⁴⁷ Carta del 22 de julio de 1465. AMB, Libro de Actas Capitulares, año 1465, fol. 78R.

comprometida. En 1467 las huestes alfonsinas capturaron Segovia, que había permanecido fiel a Enrique IV, gracias a que el obispo de la ciudad cambió su adscripción.⁴⁸ En 1475 Zamora se alzó por el bando portugués mientras Fernando el Católico se dirigía a Toro a desafiar a Alfonso V de Portugal. Ese trasvase de lealtades condicionó la estrategia de los Reyes Católicos y era un recordatorio de que la inestabilidad de la situación imposibilitaba que se pudiera confiar en estrategias defensivas vegetianas, basadas en la defensa de los puntos fuertes y en el desgaste del enemigo.⁴⁹ Pedro I fracasó en su intento defensivo de 1366 y los diferentes lugares se fueron rindiendo ante el avance de Enrique II.⁵⁰ De nuevo al año siguiente, durante la segunda invasión del Trastámara, los acontecimientos dejaron claro que encomendar el esfuerzo bélico a las ciudades y castillos del reino no era la opción adecuada, pues muchas posiciones se cambiaron de bando sin presentar resistencia.⁵¹

Los asedios jugaban un papel secundario en los teatros donde operaban los comandantes principales. Enrique II llevó a cabo varias operaciones de expugnación, como el ataque a Briviesca en 1366 o el cerco de León en 1367, entre otros. Incluso llegó a sitiar Toledo durante un año entre 1368 y 1369.⁵² No obstante, estas acciones tuvieron lugar debido a la negativa de Pedro I a combatir, lo que dejaba toda la iniciativa en manos del pretendiente, haciéndole ganar adeptos. Los Reyes Católicos también llevaron a cabo numerosos asedios entre 1475 y 1479, pero estos solo tuvieron lugar, bien porque su plan inicial de resolver el conflicto de forma rápida mediante una batalla campal no había salido como esperaban, o bien porque el resultado y la explotación de la batalla de Toro dejó en sus manos toda la iniciativa bélica.⁵³

Con las limitaciones operativas señaladas, quedaba una última opción. La batalla era, por tanto, el recurso más adecuado. De hecho, podría decirse que en este tipo de conflictos era una necesidad. Así lo indican las diferentes crónicas que relatan los tres conflictos. Según Jean Froissart,

⁴⁸ Valera, *Memorial*, 131; Sánchez-Parra, *Crónica*, 219-20; Palencia, *Gesta Hispaniensa*, 450-3.

⁴⁹ En 1385 las alianzas cambiantes impidieron que João I basara su estrategia en la defensa de las fortalezas del reino, por lo que forzó la batalla. Monteiro, “Estrategia e risco”, 165-6.

⁵⁰ Ayala, *Crónicas*, 313-29.

⁵¹ Estepa, “Rebelión y rey”, 58.

⁵² Ayala, *Crónicas*, 314, 405-7, 412-4, 436.

⁵³ Etxeberria, *Fazer la guerra*, 134-45.

cuando Enrique supo que el Príncipe Negro y Pedro I estaban en Navarra preparados para entrar en Castilla, “comprendió que tenía que combatir”.⁵⁴ Pedro Lopez de Ayala desarrolla más el razonamiento que llevó al Trastámara a esa conclusión. Cuenta que en 1367 Bertrand du Guesclin y los franceses que lo acompañaban suscribían las palabras de la misiva enviada a Enrique por Carlos V de Francia en la que recomendaba evitar el choque campal contra las fuerzas anglo-castellanas y limitarse al hostigamiento. Los miembros del consejo del rey tenían una opinión diferente. Argumentaron que la batalla era necesaria porque “sería grand peligro solamente mostrar non querer pelea”. Si el Trastámara evitaba el enfrentamiento, decían, muchos nobles y ciudades lo abandonarían y cambiarían de bando. Era preferible, pues, realizar la siempre arriesgada apuesta por la batalla a mostrar públicamente que no quería enfrentarse directamente a su enemigo.⁵⁵

Un siglo después, los cronistas favorables a Alfonso frente a Enrique IV nos informan de una situación similar. De acuerdo con Alonso de Palencia y Diego de Valera, algunos miembros del consejo de Alfonso, reunido en 1465 para deliberar el plan de acción de la campaña, incidían en la necesidad de la batalla, argumentando que la corona era siempre para los victoriosos y las armas eran las que otorgaban la legitimidad para gobernar: “*sempere uictores coronari, iusque in armis esse*”. El derecho al trono se ganaba en el campo de batalla, pues era eso lo que mandaba el mensaje más potente al reino. Lo más importante de la guerra, decían, era la opinión de la gente –“*quum belli pars magna in opinione consistat*”. Pero el favor de la gente era mudable y quien hoy era un aliado mañana podía ser un enemigo, por lo que había que aprovechar la ventaja de la que se disponía en ese momento. Por eso, no solo se debía buscar la batalla, sino que se debía hacer rápido.⁵⁶ Algunos años después, en 1476, durante

⁵⁴ Froissart, *Crónicas*, 227-8.

⁵⁵ “si él pusiese alguna dubda en la batalla, que fuese cierto que todos los más del regno se partirían dél, e se irían para el rey don Pedro, e eso mesmo farían cibdades e villas: ca tenían todos grand miedo del rey don Pedro, e si viesen que no avía quién defendiese el campo, podrían dexar a él, e tener con el rey don Pedro, pero si viesen que él quería pelear, todos esperarían la aventura de la batalla: e que fiaban en la merced de Dios que le daría la victoria”. Ayala, *Crónicas*, 345-6

⁵⁶ Alonso de Palencia ponía en boca del Alonso Carrillo -arzobispo de Toledo- y de Rodrigo Manrique la comparación entre la guerra civil y el ajedrez: “decían que el juego de ajedrez enseñaba claramente cuál era en semejantes luchas entre reyes el medio más

la guerra de sucesión castellana, los mismos cronistas recogen una idea similar, aunque de forma más sucinta. En los momentos previos a la batalla de Toro, el caballero Luis Tovar le dijo a Fernando el Católico que, si quería ser rey de Castilla, su única opción era combatir en campo abierto: “a vos señor conviene pelear si queréis ser rey de Castilla”.⁵⁷

Es cierto que podríamos encontrarnos ante un *topoi* literario. Resulta difícil establecer si las narraciones cronísticas son un reflejo de la realidad y si cuentan lo que realmente ocurrió, algo dudoso en ocasiones. No obstante, en aras de resultar verosímil para sus lectores, su discurso tenía que ser coherente y habitualmente reflejaba el pensamiento estratégico de la época. Esto tal vez no permita reconstruir los acontecimientos con exactitud, pero permite asomarse a las ideas subyacentes: a cómo se percibía la batalla y cómo esa percepción podía condicionar la estrategia militar. En todo caso, además de las cronísticas, existen otras fuentes en las que se puede observar esta idea.

En ese sentido, se conservan las cartas que algunos de los contendientes enviaron a ciudades o nobles para informar del desarrollo de la guerra. En 1465 Alfonso de Trastámara envió varias cartas a la ciudad de Burgos y al conde de Arcos donde mencionaba su intención de enfrentarse en batalla a Enrique IV.⁵⁸ Una década más tarde, en 1475, Fernando el Católico comunicaba a la ciudad de Murcia que su propósito era enfrentarse en batalla a Alfonso V de Portugal.⁵⁹ Evidentemente, también en esta ocasión se trata de documentos propagandísticos destinados a ensalzar la figura propia y a mantener o captar la fidelidad de las ciudades. Estos documentos no tienen por qué reflejar la verdad, ni mostrar el auténtico pensamiento estratégico de quienes los emitían. Pero da la impresión de que si se insistía en la idea de que el fin último de la campaña era la batalla campal era porque eso era lo que se esperaba de ellos. Al menos en el caso de Fernando el Católico, su documentación privada parece confirmar que su intención de buscar la batalla era genuina. En una serie de carta enviadas a su padre -Juan II de Aragón y Navarra-,

eficaz para poner término definitivo a un peligro prolongado: que un rey mate a otro”. Palencia, *Gesta Hispaniensa*, 340-1; Valera, *Memorial*, 104.

⁵⁷ Valera, *Crónica*, 69; Palencia, *Crónica*, 270.

⁵⁸ Cartas del 19, 22 y 27 de julio de 1465 y del 2 de agosto de 1465. AMB, Libro de Actas Capitulares, año 1465, fol. 74, 78, 79 y 80; *Memorias de don Enrique IV de Castilla* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1835-1913), 514-17.

⁵⁹ Andrea Moratalla, *Documentos de los Reyes Católicos (1475-1491)* (Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 2003), 83-85.

pedía consejo estratégico e indicaba que su intención era combatir; opción por la que también parecía inclinarse su progenitor. Cuando no pudo llevar a cabo ese plan, intentó expugnar algunas posiciones ocupadas por el enemigo, sin abandonar la idea de la batalla, que buscaría o aceptaría en cuanto tuviera oportunidad.⁶⁰

Aunque la batalla era, en efecto, algo necesario y, de hecho, se buscaba, no parece que dicha necesidad fuera igualmente imperiosa para todos los contendientes. De acuerdo con Clifford Rogers, en un enfrentamiento por el trono la presión por batallar era mayor para aquellos que reclamaban la corona o la habían usurpado.⁶¹ Pero esto no era siempre así. Aunque el pretendiente “rebelde” tenía que mostrarse digno de llevar la corona, lo cierto es que no tenía que buscar necesariamente la batalla, ya que la mera existencia de un candidato alternativo alzado en armas representaba un desafío al orden establecido. A menos que se erradicara rápidamente, la rebelión podía atraer a más simpatizantes, crecer y, en última instancia, lograr la victoria. Por tanto, es posible que fuera el poder gobernante quien tenía una mayor necesidad de tomar la iniciativa y de buscar una resolución rápida a través de la batalla. Al fin y al cabo, quien ostentaba el poder debía mantenerlo y necesitaba mostrarse como un gobernante capaz. Durante la guerra de sucesión castellana, los Reyes Católicos fueron quienes tenían una posición inicial más defensiva y quienes, en la práctica, controlaban el reino. El análisis de la estrategia militar empleada por Alfonso y Fernando muestra que, mientras el primero se concentraba en asegurar su posición, el segundo focalizó sus esfuerzos en el encuentro campal, hasta que este se materializó en Toro.⁶²

Pedro I controlaba el trono castellano cuando Enrique pasó a la ofensiva en 1366 y a finales de 1367 y, en ambas ocasiones, el Cruel falló en su propósito bélico. Por su parte, en 1366 el Trastámara pudo haber buscado la batalla motivado por su aparente superioridad numérica.⁶³ Por otro lado, de acuerdo con Ayala, la negativa petrista a combatir en campo abierto animó a Enrique a proclamarse rey de Castilla y acabó traduciéndose en una cadena de defecciones que alimentaron las filas

⁶⁰ BNE ms. 20211/85; Antonio Paz y Meliá, *El cronista Alonso de Palencia* (Madrid: Hispanic Society of America, 1914), 183–86, 194–96.

⁶¹ Rogers, “The Vegetian Science”, 18.

⁶² Etxeberria, *Fazer la guerra*, 134–45.

⁶³ Enrique siempre contempló la opción de la batalla en los conflictos en los que participó. Villalon, “Battle-seeking”.

enriqueñas.⁶⁴ Ayala transmite la imagen de un rey cobarde que rehúye la lucha, en parte para justificar el cambio de bando del propio cronista. No obstante, los potenciales lectores de la crónica compartían los mismos valores que el cronista. Lo que escribió entraba dentro de lo que se consideraría la lógica contemporánea, donde un rey que no combate y que deja a sus súbditos a merced del enemigo no es un rey que merezca lealtad.⁶⁵ Y, en 1366, los vínculos de fidelidad petristas se habían roto.⁶⁶ La guerra civil continuó y lo ocurrido entre 1367 y 1369 muestra que el equilibrio de poder podía cambiar y, con ello, se modificaba la forma de hacer la guerra. Si el pretendiente obtenía la ventaja y se convertía en el gobernante, la batalla podía jugar un rol más central en su estrategia.

Así, en el momento de la intervención inglesa de 1367, era Enrique II quien controlaba el reino. En esta ocasión, Pedro estaba decidido a enfrentarse a su enemigo.⁶⁷ Parece que Enrique sabía a lo que se exponía si no se encontraba con su adversario en el campo de batalla, por lo que se vio en la obligación de combatir en Nájera.⁶⁸ En su segundo intento de reclamar el trono castellano, el Trastámara consideró que no le correspondía a él la necesidad de buscar la batalla, pues era Pedro quien debía acudir a su encuentro. Cuando este último volvió a confiar en una infructuosa estrategia de defensa en profundidad, dejó el reino a merced de Enrique, quien fue ganando posiciones una a una. Cuando Pedro decidió por fin dirigirse al encuentro de su oponente en 1369, Enrique tenía la “voluntad de pelear con él”. El pretendiente quería resolver la guerra de forma rápida y definitiva, pues “si la guerra se alongase, que el rey don Pedro avría de cada día muchas ventajas”. La dispersión de fuerzas petristas ante los muros de Montiel era una oportunidad irresistible de sorprender a su enemigo, acabar con su vida y, con ello, acabar con la guerra.⁶⁹

Si bien en la guerra de sucesión castellana el poder gobernante fue siempre el mismo y en la guerra civil castellana del siglo XIV el equilibrio de poder fue cambiante, la guerra que enfrentó al infante Alfonso y a Enrique IV se corresponde con una situación más proporcionada. En esa

⁶⁴ Ayala, *Crónicas*, 313-24

⁶⁵ Morillo, “Battle seeking”, 35-6; Monteiro, “Estratégia e risco”, 154.

⁶⁶ El Cruel había gobernado de forma autoritaria y punitiva, lo que también afectó a sus alianzas y jugó en su contra en el plano bélico. Estepa, “Rebelión y rey”, 60.

⁶⁷ Ayala, *Crónicas*, 332.

⁶⁸ Ayala, *Crónicas*, 345-6; Froissart, *Crónicas*, 227-8.

⁶⁹ Ayala, *Crónicas*, 424-9; Froissart, *Crónicas*, 265-74.

ocasión el conflicto dividió el reino en dos y ambos monarcas gobernaron en sus territorios, coexistiendo dos estados paralelos con hacienda y chancillería propias.⁷⁰ Esta peculiar situación podría explicar las opiniones estratégicas contrapuestas entre los partidarios alfonsinos en 1465. El arzobispo de Toledo, el almirante Fadrique y Rodrigo Manrique creían que había que “dar fin al negocio” e ir a buscar a Enrique. La razón que esgrimían era que había que aprovechar la ventaja en apoyos antes de que las tornas cambiaran. Además, únicamente disponían de fondos para pagar a las tropas durante dos meses y debían actuar sin tardanza, ya que la dilación podría resultar dañina para la causa alfonsina. El marqués de Villena, por contra, opinaba que la demora era favorable al pretendiente.⁷¹ En otras palabras, mientras que para unos la espera jugaba en contra del infante-rey y había que aprovechar el momento buscando la batalla, para otros el tiempo era un aliado, pues la proclamación de Alfonso en sí misma ya socavaba la autoridad enriqueña.

Enrique IV, por su parte, no buscó la batalla en 1465 y tampoco en 1467, como señalaba su cronista Enríquez del Castillo.⁷² El propio monarca lo admitió en la carta que envió al concejo de Cuenca informando de la batalla de Olmedo.⁷³ Tuvo una actitud conciliadora incluso cuando las hostilidades ya se habían iniciado. Es posible que no actuar con contundencia fuera su error, ya que, poco antes de la muerte de Alfonso, Enrique se había mostrado predispuesto a nombrarlo su sucesor.⁷⁴ No obstante, también podía ser que, realmente, no hubiera una fórmula infalible. Los partidarios alfonsinos tampoco parece que se pusieran de acuerdo en el mejor modo de conducir las operaciones. Y es que es posible tanto que no siempre el gobernante tuviera que reafirmar su autoridad mediante la batalla como que el pretendiente no tuviera que mostrarse digno de la corona en el campo de batalla. Las diferentes aproximaciones

⁷⁰ Pablo Ortego, “Dos Haciendas, un reino. Pacto y negociación financiera en el contexto del conflicto civil castellano (1465-1468),” en *Fisco, legitimidad y conflicto en los reinos hispánicos: (siglos XIII-XVII)*, eds. Carlos Laliena, Mario Lafuente y Ángel Galán (Zaragoza: PUF, 2019), 275–301; Morales, *Alfonso de Ávila*, 369.

⁷¹ Según Palencia y Valera, Pacheco se expresaba en estos términos debido a que temía la batalla. Palencia, *Gesta Hispaniense*, 340-5; Valera, *Memorial*, 104-8.

⁷² Enríquez del Castillo, *Crónica*, 273. Pedro de Escavias también sostiene que Enrique IV no deseaba la combatir. Michel García, ed., *Repertorio de Príncipes de España y obra poética del alcaide Pedro de Escavias* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 1972), 361–62.

⁷³ AMC, Libros de Actas, legajo 198, expediente 1, fols. 28v-29v.

⁷⁴ Suárez, “La guerra civil”, 266-270, 281; Morales, *Alfonso de Ávila*, 229

podían coexistir, ya que la guerra tenía tanto de ciencia como de arte, por lo que, ante las situaciones cambiantes, había que adaptarse en consonancia.

5. “VERGÜENZA O BATALLA”. HONOR Y PROPAGANDA

La batalla era el recurso estratégico más recomendable y también el único verdaderamente operativo y, al mismo tiempo, podía no servir para nada por sí misma. Cuando dos pretendientes se enfrentaban por el trono, a menos que uno de ellos pereciera en el campo -como sucedió con Pedro I en Montiel en 1369-, incluso una completa e incontestable victoria podía ser insuficiente, como ocurrió con la batalla de Nájera en 1367. Aunque el triunfo petrista tuvo consecuencias positivas para su legitimidad y número de seguidores, no destruyó las aspiraciones de Enrique que, en última instancia, consiguió prevalecer. Pedro envió una misiva a Murcia en la que informaba de la victoria y decía tener noticias de que el “traidor” estaba muerto o preso.⁷⁵ Del mismo modo, un relato cronístico del siglo XV, señalaba una supuesta conversación entre el Príncipe Negro y Pedro I, donde el primero indicaba que si Enrique hubiera sido apresado o hubiera perecido, todo habría acabado aquel día de abril de 1367.⁷⁶ Hay que tener en cuenta que se trata de una narración tardía, donde el cronista emplea una retórica postfacto debido a que conoce el desenlace. No obstante, transmite la idea de que tal vez la supervivencia de Enrique al encuentro mantuvo viva la llama de su resistencia. También es posible que la legitimidad que el reino le confería al Trastámara fuera especialmente sólida y que el “miedo” que suscitaba el Cruel a través de su autoritarismo y actitud punitiva jugara un papel clave en la mitigación de los efectos de la batalla.⁷⁷ Además, no hay que olvidar que Pedro I perdió a sus aliados ingleses por no pagar los salarios que les había prometido.⁷⁸

Había, por tanto, ciertos elementos combinados que podían limitar el impacto político de la victoria militar. Esta situación podía verse sobredimensionada en aquellos casos menos extremos en los que el resultado de la batalla fue más indeciso. Tal es el caso de Olmedo en 1467 y Toro en 1476. Ante la dificultad de obtener una victoria completa y

⁷⁵ Ángel Luis Molina, *Documentos de Pedro I* (Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1978), 198–99.

⁷⁶ Covadonga Valdaliso, *Pedro I de Castilla* (Madrid: Sílex, 2016), 290.

⁷⁷ Estepa, “Rebelión y rey”, 57-60.

⁷⁸ Russell, *English intervention*, 108-26.

decisiva, preferiblemente mediante la eliminación física del oponente, solo quedaba la opción de persuadir al reino de que la causa propia era la verdaderamente legítima. En ese sentido, eran tanto la nobleza como las ciudades a quienes había que atraer, pues ambas cumplían una función vital aportando tropas, recursos financieros, suministros y garantizando el control del territorio circundante. Podían alzarse por uno u otro candidato y cambiar las tornas en un frágil equilibrio de lealtades enfrentadas. Estos actores políticos eran también quienes conferían la legitimidad. Eran sus corazones y sus mentes lo que los pretendientes al trono tenían que aspirar a conquistar. Aquí es donde entraba en juego la propaganda. No solo eran importantes los hechos y las victorias, ya que podían no ser suficientes. No se trataba de guerras determinadas por el control del territorio, sino por la conquista del poder político, algo intrínsecamente abstracto. El triunfo se obtenía, por tanto, mediante la acumulación de capital político. Así, la imagen que se transmitía y la forma en que los actos eran percibidos podía influir en la legitimidad y afectar al flujo de alianzas.⁷⁹ Y nada era más honorable que la batalla, someterse al juicio de Dios.⁸⁰ Pero la maquinaria de la propaganda estaba en marcha mucho antes del encuentro campal, porque era igualmente importante combatir como mostrar públicamente que se quería combatir.

He mencionado previamente las consecuencias que tuvo la negativa petrista a presentar batalla a su oponente en 1366. Enrique II se sirvió de esa coyuntura y procuró no cometer los mismos errores. En la víspera de la invasión anglo-castellana, el Trastámara convocó cortes en Burgos, donde, de acuerdo con Ayala, presentó la situación bélica al reino, mostrándose dispuesto a poner su vida en riesgo y a aceptar el encuentro campal.⁸¹ Igualmente, cuando en 1476 Fernando el Católico se negó a enfrentarse a Alfonso V de Portugal en campo abierto en Zamora, varios de sus caballeros se sintieron “menguados” y los vecinos de la ciudad comenzaron a murmurar. Algunos de los nobles castellanos, conscientes de que “algunas veces es necesario satisfacer la opinión del pueblo”, recomendaron a Fernando que conminara al monarca luso a combatir en batalla.⁸² Previamente, el Católico había explotado propagandísticamente

⁷⁹ Carrasco, *Isabel I*, 237.

⁸⁰ Georges Duby, *El domingo de Bouvines* (Madrid: Alianza, 1988), 147–54.

⁸¹ Ayala, *Crónicas*, 333

⁸² Pulgar, *Crónica*, 193–4.

la negativa a pelear de su oponente, haciendo públicos los carteles de desafío que ambos intercambiaron.⁸³

El infante-rey Alfonso también jugó la baza propagandística. En julio y agosto de 1465, Alfonso de Trastámara envió varias cartas a la ciudad de Burgos, donde destacaba que su intención no era otra que dar la batalla a su “antecesor” Enrique IV y expulsarlo del reino junto con sus “secuaces y cómplices que le ayudan o favorecen”.⁸⁴ En septiembre de ese mismo año el infante-rey se expresaba en términos similares en una misiva enviada al conde de Arcos.⁸⁵ Es difícil decir si los alfonsinos realmente querían el combate, pero en ese juego de apariencias en ocasiones bastaba con mostrarse proclive a ello. En 1466 algunos capitanes de Alfonso hacían la guerra en los alrededores de Valladolid y “como se diese horden para la batalla”, Rodrigo Manrique recomendó desplegar las tropas en el llano “para esperar sy el rey don Enrrique ally quisiese pelear”. La crónica afirma que, realmente, no querían combatir y, de haberlo hecho, las probabilidades de derrota habrían sido altas. No obstante, “bastava aver estado en vista de los enemigos tanto tiempo”, mostrar una supuesta intención de luchar.⁸⁶

Aquel día Enrique IV rehusó combatir y esa sería la tónica general de la estrategia militar que aplicó. Ya al inicio del conflicto había ofrecido el perdón a sus oponentes si estos deponían las armas y, tras el cerco a Simancas de 1465, ofreció una tregua de cinco meses a sus adversarios.⁸⁷ Podría pensarse que el monarca trató la pretensión alfonsina como una rebelión nobiliaria más y que, propagandísticamente, el ofrecimiento de una tregua denotaba debilidad y otorgaba legitimidad a su interlocutor. Lo cierto es que el monarca optó por una imagen pública conciliadora, mostrándose como un garante de la paz, deseoso de la armonía en el reino. En la carta enviada a Cuenca tras la batalla de Olmedo de 1467, Enrique señalaba que él siempre había deseado la paz y había intentado evitar el choque campal acaecido frente a los muros de la villa. Finalizaba

⁸³ José Ángel Sesma, “Carteles de batalla cruzados entre Alfonso V de Portugal y Fernando de Castilla (1475),” *Revista Portuguesa de Historia* 16 (1976): 277–95. Al mismo tiempo, emitieron misivas de forma regular en las que informaban a las ciudades del reino del transcurso de la guerra.

⁸⁴ Cartas del 19, 22 y 27 de julio de 1465 y del 2 de agosto de 1465. AMB, Libro de Actas Capitulares, año 1465, fol. 74, 78, 79 y 80.

⁸⁵ *Memorias de don Enrique IV*, 514-7

⁸⁶ Sánchez-Parra, *Crónica*, 194; Palencia, *Gesta Hispaniensi*, 404-5.

⁸⁷ Suárez, “La guerra civil”, 266-70.

destacando que su intención era la de “pacificar e allanar” el reino.⁸⁸ Enríquez del Castillo, cronista afín a su causa, admitía el valor de la batalla: “sabida cosa es e muy manifiesta que la onrra de la vitoria syenpre cuelga del peligro e no de huyr la batalla”. En su narración culpaba a los alfonsinos de no haber aceptado el combate en 1465, con lo que “denegando la batalla, se cabsaron mayores batallas, rrecreçieron escándalos e suçedieron muchas muertes”.⁸⁹ La resolución rápida a través del combate en campo abierto era presentada, por tanto, como una forma de evitar el sufrimiento innecesario del reino. No obstante, cuando el mismo cronista pasa a relatar el encuentro de Olmedo, admite que Enrique IV quería evitar el choque y “traer las cosas a conclusión de paz”.⁹⁰

La batalla de Olmedo de 1467 sirve para ilustrar cómo la presión por mostrar una imagen pública honorable y la necesidad de no verse como “evasores de batalla” podía llevar, efectivamente, al encuentro campal. Con las tropas alfonsinas dentro de la villa, las fuerzas enriqueñas se dirigían a socorrer la cercada Medina del Campo. Enrique sabía que si pasaban cerca de Olmedo los partidarios de Alfonso se verían en la necesidad de presentar batalla, por lo que intentó disuadir a los miembros de su consejo de tomar aquel camino. Finalmente estos convencieron a Enrique, creyendo que Alfonso contaba con menos tropas de las que realmente disponía. Ya cerca de la villa, aparentemente Enrique envió mensajeros para solicitar a sus enemigos paso libre sin tener que combatir. Las crónicas relatan la iluminadora respuesta del alfonsino Alonso de Carrillo, arzobispo de Toledo, quien replicó que los enriqueños habían tomado aquella vía “a sabiendas”, pues pasar tan cerca de Olmedo implicaba una ofensa al infante-rey y dañaba su imagen pública -como tal vez podría haberse dañado la enriqueña de haber elegido otra ruta. Por lo tanto, las alternativas para el bando alfonsino eran únicamente dos: “vergüenza o batalla”. En este callejón sin salida propagandístico, optaron por la segunda opción.⁹¹

Tan importante era presentarse como candidatos que no temían el juicio de Dios, como explotar propagandísticamente el resultado del encuentro. Había que reafirmar la lealtad de los seguidores y ganarse a los indecisos. Para conseguir el efecto deseado, era común enviar cartas a las

⁸⁸ AMC, Libros de Actas, legajo 198, expediente 1, 28v-29v.

⁸⁹ Enríquez del Castillo, *Crónica*, 246-7.

⁹⁰ Enríquez del Castillo, *Crónica*, 273-5.

⁹¹ Valera, *Memorial*, 123-31; Sánchez-Parra, *Crónica*, 208-15; Enríquez del Castillo, *Crónica*, 275-80; Palencia, *Gesta Hispaniense*, 419-26

ciudades del reino para informar de la victoria, como hizo Pedro I tras la batalla de Nájera en 1367.⁹² Realizar esta labor propagandística era especialmente relevante en los casos en los que el choque no había sido tan decisivo como convenía que fuera. Los Reyes Católicos se proclamaron vencedores en Toro mediante misivas destinadas a las ciudades, emitidas pocas horas después del encuentro.⁹³ Andrés Bernáldez señala que algunos expectantes cambiaron de bando después del encuentro campal de 1476, pues esperaban a “viva quien vence”.⁹⁴ Ciertamente, los principales valedores de la causa juanista cambiaron de bando en los meses siguientes.⁹⁵ Una ligera victoria táctica fue base suficiente para montar una fuerte ofensiva propagandística que la convirtió en un triunfo estratégico.⁹⁶

También la batalla de Olmedo de 1467 tuvo un resultado indeciso. Alfonso de Trastámara no consiguió imponerse sobre Enrique IV, pero este último tampoco logró derrotar a su oponente, con lo que ambos se proclamaron vencedores. Ambos organizaron procesiones y celebraciones: “La fama desta batalla voló por diversas partes, de lo qual cada vno hablava según el partido que seguía”.⁹⁷ Los dos contendientes enviaron sus misivas a las ciudades del reino proclamándose vencedores, en las que se observan algunas diferencias. Mientras que Alfonso escribió el mismo día transmitiendo un resultado más ambiguo -admitía la derrota de uno de sus flancos-, Enrique la envió al día siguiente, arrogándose la victoria absoluta. El primero concluía en tono belicoso: “entiendo yr a buscar al dicho mi adversario donde quiera que este”. El segundo era más impreciso: “entiendo proseguir el fecho fasta pasçificar e allanar estos dichos mis regnos”.⁹⁸ Sea cual fuera el resultado de la batalla, el tratamiento propagandístico de la misma fue ligeramente diferente. Es posible que el hecho de que ambos se proclamaran vencedores pudiera interpretarse como una victoria alfonsista, ya que la “rebelión” no había

⁹² Molina, *Documentos*, 198-9.

⁹³ Moratalla, *Documentos*, 113-5; Ramón Carande y Juan de Mata Carriazo, eds., *El tumbo de los Reyes Católicos del Concejo de Sevilla I (1474-1477)* (Sevilla: Universidad Hispalense, 1968), 132-34. João I de Portugal únicamente reclamó el triunfo ante las ciudades portuguesas, lo que no tendría efecto en Castilla. Carrasco, *Isabel I*, 195, 349.

⁹⁴ Bernáldez, *Memorias*, 64.

⁹⁵ Suárez, *Los Reyes Católicos*, 157-169.

⁹⁶ Etxeberria, “I intend”, 185-201.

⁹⁷ Valera, *Memorial*, 131; Morales, *Alfonso de Ávila*, 213.

⁹⁸ Alfonso empleó la misiva únicamente en tono propagandístico, mientras que Enrique aprovechó la ocasión para solicitar más tropas. Abellán, *Fuentes Históricas Jerezanas*, 92-4; AMC, Libros de Actas, legajo 198, expediente 1, fols. 28v-29v.

sido aplastada. Menos de un mes después de la batalla, Alfonso tomó Segovia.⁹⁹ Fue un golpe moral masivo, un mensaje para el reino: un recordatorio de que, ganara o perdiera la batalla, su capacidad operativa estaba intacta. Las cartas que informaban del hecho dejan constancia de ello.¹⁰⁰ El trasvase de lealtades que siguió a la batalla de Olmedo y, especialmente, a la toma de Segovia, fue claramente favorable al infante-rey, lo que forzó a Enrique a una negociación.¹⁰¹

6. CONCLUSIONES

Los tres ejemplos analizados presentan conflictos sucesorios caecidos en la Castilla bajomedieval entre 1366 y 1479. Los casos de estudio muestran situaciones similares que generan respuestas estratégicas semejantes, pero con algunas particularidades. En todos los casos, las cabalgadas fueron obviadas o, al menos, limitadas, debido al coste que podían acarrear en términos de apoyo popular. Además, una guerra de paulatino desgaste económico no tenía cabida en un enfrentamiento por la legitimidad y el poder. Los asedios también eran arriesgados. Cercar una posición podía llevar demasiado tiempo y dejaba la iniciativa en manos del oponente. Al mismo tiempo, una costosa conquista podía desvanecerse si su guarnición o sus habitantes se cambiaban de bando, pues el capital político era inestable y cambiante en un juego de legitimidades enfrentadas. Con las restricciones operativas mencionadas, la diversidad de estrategias militares disponibles quedaba limitada casi exclusivamente a la búsqueda de batalla campal. Sin embargo, la urgencia de resolución rápida no tenía por qué ser igual para todos los contendientes, pues en ocasiones era el pretendiente “rebelde” quien podía buscarla como forma de ganar legitimidad por la vía de las armas, mientras que otras veces era el monarca reinante quien podía verse forzado a mantener el *statu quo* y apagar el fuego de la rebelión antes de que se extendiera. Los ejemplos son lo suficientemente diversos como para llevarnos a pensar que no había una única respuesta estratégica establecida.

⁹⁹ Valera, *Memorial*, 131; Sánchez-Parra, *Crónica*, 219-20; Palencia, *Gesta Hispaniensia*, 450-3; Enríquez del Castillo, *Crónica*, 285-7.

¹⁰⁰ La misiva también destacaba que tras la batalla varios miembros de la alta nobleza se le habían unido: los maestros de Santiago y de Alcántara, el conde de Plasencia y el hijo del Almirante. Abellán, *Fuentes Históricas Jerezanas*, 102-3.

¹⁰¹ Palencia, *Gesta Hispaniensia*, 427, 455; Suarez, “La guerra civil”, 280-1; Morales, *Alfonso de Ávila*, 215-6, 224-8, 371.

La batalla era el eje central sobre el que giraba el desarrollo de las campañas analizadas. Pero incluso una victoria total en el campo de batalla podía no ser suficiente si el enemigo seguía con vida. La propaganda ocupaba, pues, un lugar preeminente. Los actos de guerra eran tan importantes por su simbolismo como por su significado estrictamente militar. De acuerdo con lo que se esperaba de quien llevara la corona, se demostraba el deseo de luchar y se luchaba si se presentaba la ocasión. El incumplimiento de estas expectativas podía traer consecuencias desastrosas en términos propagandísticos y políticos. Tras el choque campal, lo ocurrido se moldeaba con fines propagandísticos, ya que la imagen proyectada influía en la percepción de la legitimidad y afectaba al flujo de alianzas. La victoria se medía principalmente mediante la acumulación de capital político, aunque este era inestable. Se buscaba captar y mantener en el bando propio a ciudades y nobles, ganando sus corazones y mentes. Al fin y al cabo, “lo más importante en la guerra es la opinión”.

Decíamos al principio que en las últimas dos décadas los especialistas han debatido en torno a la dicotomía búsqueda/evasión de batalla como eje central de la estrategia medieval -el llamado “paradigma Gillingham”. Ahora bien, ¿cómo encajan las conclusiones extraídas en el marco de la discusión? Afirmar que la búsqueda de batalla era la opción más recomendable podría llevarnos a asumir que se priorizaba debido a que no había otra opción, encajando en el esquema vegeciano. Lo postulado por el autor romano es lo suficientemente amplio como para englobar múltiples aproximaciones y, sin embargo, resulta al mismo tiempo bastante restrictivo.¹⁰² La realidad era mucho más fluida, pues cada contexto bélico era diferente y en cada uno de ellos se priorizaba una de las tres principales herramientas disponibles para los comandantes medievales, fueran las cabalgadas, los asedios o las batallas. Es evidente que la batalla jugaba un papel más central en las guerras civiles dinásticas que en otro tipo de conflictos. La presión para batallar era mayor y era rara la ocasión, tanto en Castilla como en el resto de la Europa bajomedieval, en la que este tipo de conflictos no contemplaban al menos un encuentro

¹⁰² Hasta el punto de llevar a algunos historiadores a afirmar que la guerra medieval estaba dominada por el miedo a la batalla campal. Philippe Contamine, *La guerra en la Edad Media* (Barcelona: Labor, 1984), 274.

campal. De hecho, algunas campañas se diseñaban exclusivamente con ese fin en mente.¹⁰³

Las guerras civiles tenían la dudosa virtud de acentuar aún más los desafíos a los que se enfrentaban los comandantes medievales.¹⁰⁴ Se da la paradoja de que una batalla era necesaria y, al mismo tiempo, obtener la victoria podía no ser lo suficientemente decisivo. De forma más aguda que en otro tipo de conflictos, cuando se pugnaba por el trono y se contraponían dos legitimidades, los imperativos políticos y culturales primaban sobre los puramente militares, incluso contraviniendo lo que podía considerarse como óptimo en las formas de hacer la guerra. Así, la decisión más “racional” de llevar a cabo una guerra basada en el control del territorio y el “reflejo obsidional” se dejaba de lado debido a la lógica derivada de la percepción del honor y el juicio divino mediante la necesidad de búsqueda de batalla.¹⁰⁵

En definitiva, la batalla no se buscaba o evitaba siempre indistintamente. La guerra medieval era diversa y adaptativa, pues cada contexto (material, político o personal) podía permitir o requerir diferentes aproximaciones estratégicas. No todo eran asedios e, incluso la herramienta operacional más básica, la cabalgada, podía ser contraproducente. Tal vez habría que pensar en definiciones más amplias, menos restringidas y otorgar a la batalla el lugar que se merece en ellas.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes inéditas

Archivo Municipal de Cuenca (AMC), Libros de Actas, legajo 198, expediente 1.

Archivo Municipal de Burgos (AMB), Libro de Actas Capitulares, año 1465.

Biblioteca Nacional de España (BNE)

¹⁰³ La guerra de las Rosas tal vez sea el ejemplo más paradigmático. Goodman, *The Wars*.

¹⁰⁴ Strickland, “Bella plus quam”, 73.

¹⁰⁵ Morillo, “Battle seeking”, 35.

Fuentes editadas

- Abellán, Juan, ed. *Fuentes Históricas Jerezanas: Documentos del infante-rey Don Alfonso (1465-1468)*. Madrid: HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales, 2015.
- Ayala, Pero López de. *Crónicas*. Ed. José Luis Martín. Barcelona: Planeta, 1991.
- Bernáldez, Andrés. *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Eds. Manuel Gómez-Moreno y Juan de Mata Carriazo. Madrid: Real Academia de la Historia, 1962.
- Carande, Ramón, y Juan de Mata Carriazo, eds. *El tumbo de los Reyes Católicos del Concejo de Sevilla I (1474-1477)*. Sevilla: Universidad Hispalense, 1968.
- Enríquez del Castillo, Diego. *Crónica de Enrique IV*. Ed. Aureliano Sánchez. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1994.
- Froissart, Jean. *Crónicas*. Eds. Victoria Cirlot y J.E. Domenec. Barcelona: Orbis, 1991.
- García, Michel, ed. *Repertorio de Príncipes de España y obra poética del alcaide Pedro de Escavias*. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 1972.
- Lopes, Fernão. *Crónica del Rei dom João I*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1977.
- Memorias de don Enrique IV de Castilla*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1835-1913.
- Molina, Ángel Luis. *Documentos de Pedro I*. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1978.
- Moratalla, Andrea. *Documentos de los Reyes Católicos (1475-1491)*. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 2003.

Palencia, Alonso de. *Crónica de Enrique IV*, vol. 2. Ed. Antonio Paz y Meliá. Madrid: Atlas, 1973.

Palencia, Alonso de. *Gesta Hispaniensia ex annalibus suorum dierum collecta*. Eds. Brian Tate y Jeremy Lawrence. Madrid: Real Academia de la Historia, 1998.

Pina, Rui de. *Chronica do Senhor Rey D. Affonso V en Crónicas*. Ed. Manuel Lopes de Almeida. Oporto: Lello, 1977.

Pulgar, Fernando del. *Crónica de los Reyes Católicos*, vol. I. Ed. Juan de Mata Carriazo, con estudio preliminar por Gonzalo Pontón. Granada: Universidad de Granada, 2008.

Puyol, Julio, ed. *Crónica incompleta de los Reyes Católicos (1469-1476)*. Madrid: Academia de la Historia, 1934.

Sánchez-Parra, María Pilar, ed. *Crónica Anónima de Enrique IV de Castilla 1454-1474*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1991.

Valera, Diego de. *Crónica de los Reyes Católicos*. Ed. Juan de Mata Carriazo. Madrid: Revista de Filología Española, 1927.

Valera, Diego de. *Memorial de diversas hazañas*. Ed. Juan de Mata Carriazo. Madrid: Espasa-Calpe, 1941.

Bibliografía

Alvira, Martín. *El jueves de Muret. 12 de septiembre de 1213*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2002.

Baquero, Humberto. "A Contenda entre D. Afonso y Os Reis Católicos. Incurões Castelhanas no solo Portugues de 1475 a 1478." *Anais da Academia Portuguesa da História* II 25 (1979): 297-324.

Carrasco, Ana Isabel. *Isabel I de Castilla. La sombra de la ilegitimidad*. Madrid: Sílex, 2014.

Contamine, Philippe. *La guerra en la Edad Media*. Barcelona: Labor, 1984.

Costa Domínguez, Rodrigo da, y José Manuel Triano. “The Price of the Throne. Public Finances in Portugal and Castile and the War of the Castilian Succession (1475-1479).” *Journal of Medieval History* 49 (2022): 93–110.

DOI: <https://doi.org/10.1080/03044181.2022.2155988>

Costa, Antonio. “A Batalha de Toro (1476): a guerra em Portugal entre duas Eras.” *e-Stratégica* 4 (2020): 51-86.

Díaz, Luis Vicente. *Pedro I*. Palencia: La Olmeda, 1995.

Duby, Georges. *El domingo de Bouvines*. Madrid: Alianza, 1988.

Estepa, Carlos. “Rebelión y rey legítimo en las luchas entre Pedro I y Enrique II.” *Annexes des Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales* 16 (2004): 43-61.

DOI: <https://doi.org/10.3406/cehm.2004.1313>

Etxeberria, Ekaitz. “‘I intend to give him battle’: Battle-Seeking in a Civil War context: Toro (1476).” *Journal of Medieval Military History* XX (2022): 185-201. DOI: <https://doi.org/10.1017/9781800106178.008>

Etxeberria, Ekaitz. “La ciudad medieval como campo de batalla: el combate urbano en la guerra de sucesión castellana (1475-1479).” *Clio & Crimen: Revista del Centro de Historia del Crimen de Durango* 12 (2015): 277-288.

Etxeberria, Ekaitz. “Urban Warfare in 15th-Century Castile.” *e-Stratégica* 3 (2019): 125-143.

Etxeberria, Ekaitz. *Fazer la guerra. Estrategia y táctica militar en la Castilla del siglo XV*. Madrid: CSIC, 2022.

Flores, Marcelo Augusto. *A batalha de Toro*. Oporto: Fronteira do Caos, 2014.

Gallego, David. “La guerra medieval a través de su registro arqueológico: el asedio al castillo santiaguista de Montizón (1465-1467)”, *Vínculos de Historia* 10 (2021): 132-154.

DOI: https://doi.org/10.18239/vdh_2021.10.08

García Fitz, Francisco. “Las Navas de Tolosa y el paradigma bélico medieval.” En *La Península Ibérica en tiempos de las Navas de Tolosa*, editado por Carlos Estepa y María Antonia Carmona, 17-52. Murcia: SEEM, 2014.

Gillingham, John. “Richard I and the Science of War in the Middle Ages.” En *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, editado por Matthew Strickland, 194-207. Woodbridge: Boydell & Brewer, 1992.

Gillingham, John. “Up with Orthodoxy! In Defense of Vegetian Warfare.” *Journal of Medieval Military History* 2 (2004): 149-158.

Gillingham, John. “William the Bastard at War.” En *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, editado por Matthew Strickland, 143-160. Woodbridge: Boydell & Brewer, 1992.

Gillingham, John. *The Wars of the Roses. Peace & Conflict in 15th Century England*. Londres: Phoenix Press, 1981.

Goodman, Anthony. *The Wars of the Roses: Military activity and English society, 1452-1497*. Londres: Routledge, 1981.

Monteiro, João Gouveia. “Estratégia e risco em Aljubarrota: a decisão de dar batalha à luz do paradigma Gillingham.” En *Entre romanos, cruzados e ordens militares*, 137-168. Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009.

Morales, Dolores-Carmen. *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*. Ávila: Diputación Provincial de Ávila, 1988.

Morillo, Stephen. "Battle Seeking: The Contexts and Limits of Vegetian Strategy." *Journal of Medieval Military History* 1 (2002): 21-41. DOI: <https://doi.org/10.1515/9781782044611-003>

Ortego, Pablo. "Dos Haciendas, un reino. Pacto y negociación financiera en el contexto del conflicto civil castellano (1465-1468)." En *Fisco, legitimidad y conflicto en los reinos hispánicos: (siglos XIII-XVII)*, Coords. Carlos Laliena, Mario Lafuente y Ángel Galán, 275-301. Zaragoza: PUF, 2019.

Paz y Meliá, Antonio. *El cronista Alonso de Palencia*. Madrid: Hispanic Society of America, 1914.

Rodríguez, Carlos J. "Más allá del Duero: la guerra de sucesión en Extremadura (1475-1477)", *Medievalismo* 27 (2017): 285-301. DOI: <https://doi.org/10.6018/medievalismo.27.310671>

Rogers, Clifford J. "The Vegetian Science of Warfare in the Middle Ages." *Journal of Medieval History* 1 (2002): 1-19. DOI: <https://doi.org/10.1515/9781782044611-002>

Russell, Peter. *The English Intervention in Spain & Portugal in the Time of Edward III & Richard II*. Oxford: Clarendon Press, 1955.

Sesma, José Ángel. "Carteles de batalla cruzados entre Alfonso V de Portugal y Fernando de Castilla (1475)." *Revista Portuguesa de Historia* 16 (1976): 277-295.

Smail, Raymond C. *Crusading Warfare, 1097-1193*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Strickland, Matthew. "Bella plus quam civilia? The Place of Battle in the Context of Civil War under the Anglo-Norman and Angevin Kings, c. 1100-c. 1217", *Journal of Medieval Military History* XIX (2021): 57-76. DOI: <https://doi.org/10.1017/9781800102286.004>

Suárez, Luis. "Castilla (1350-1406)". En *Historia de España*. Tomo XIV, Madrid: Espasa-Calpe, 1966: 99-158.

Suárez, Luis. “La guerra civil”. En *Historia de España*. Tomo XV, Madrid: Espasa-Calpe, 1970: 253-286.

Suárez, Luis. *Los Reyes Católicos. La conquista del Trono*. Madrid: Rialp, 1989.

Valdaliso, Covadonga. *Pedro I de Castilla*. Madrid: Sílex, 2016.

Valdeón, Julio. *Enrique II*. Palencia: La Olmeda, 1996.

Villalon, Andrew. “Battle-Seeking, Battle-Avoiding, or Perhaps Just Battle-Willing? Applying the ‘Gillingham Paradigm’ to Enrique II of Castile.” *Journal of Medieval History* 8 (2010): 131-154.

DOI: <https://doi.org/10.1515/9781846159022-006>

Villalon, L. J. Andrew, y Donald J. Kagay. *To Win and Lose a Medieval Battle. Nájera (April 3rd, 1367), a Pyrrhic Victory for the Black Prince*. Leiden: Brill, 2017.

DOI: https://doi.org/10.1163/9789004345805_009

Villarroel, Óscar. *Juana la Beltraneja. La construcción de una ilegitimidad*. Madrid: Sílex, 2014.